

DEL SUPERIOR GENERAL

Homilías recientes

DÉCADAS DE DEDICACIÓN A LA MISIÓN: HIJAS DE LA CARIDAD DE VOTOS

**Homilía de G. Gregory Gay, C.M., Superior General
París, 15 de mayo de 2014**

Estoy muy agradecido por la oportunidad de estar con ustedes hoy y celebrar esta Eucaristía juntos. Sumergidos como estamos en este precioso tiempo de primavera y de la gloria de Pascua, parece acertado reunirse y reflexionar sobre la belleza y el misterio de su vocación de Hijas de la Caridad. Proceden ustedes de diferentes lugares, Provincias y grupos lingüísticos. Sus años de pertenencia a la Compañía varían en número y experiencia. Sin embargo, todas están aquí reunidas con el deseo profundo de entregarse a Dios en el servicio de los pobres. Y eso en sí mismo es un testimonio maravilloso que me llena el corazón de inmensa gratitud. Yo solo puedo repetir las palabras de Santa Luisa en una de sus cartas: *“Hasta tal punto llega nuestra deuda de gratitud con usted que no puedo expresarle lo hondamente que lo siento”* (C. 292, p. 288).

Como algunas de ustedes ya saben, mi primer destino como sacerdote fue ser capellán de las Hijas de la Caridad en Emmitsburg, Maryland. En ese momento, la comunidad de esa Casa provincial tenía un gran número de Hermanas, tanto en activo, como jubiladas. Acompañado de un sacerdote Paúl mayor, nuestro servicio consistía en visitarlas, administrarles los sacramentos, celebrar con ellas la Eucaristía, consolarlas en la enfermedad y celebrar su nueva vida en Cristo cuando fallecían. Sin embargo, lo mejor de todo fue lo que aprendí de cada una de ellas. Este “aprendizaje” se produjo a dos niveles, por medio de la ‘palabra’ y por medio del ‘testimonio’.

En primer lugar por medio de la “palabra”. Como ustedes saben, cuando el Señor Jesús pone a una Hija de la Caridad en el camino de los pobres, encuentra numerosos desafíos y numerosos obstáculos. Pero, también se encuentra muchas experiencias ricas y bellas de la gracia de Dios que actúa en los pobres. Y lo admitamos o no, son ustedes grandes narradoras. A menudo me he quedado impresionado, asombrado y edificado cuando las Hermanas me contaban la historia de su vida: sus tareas, la extrema necesidad de las personas a las que ustedes sirven; los grandes esfuerzos realizados para asistirlos a nivel

humano y espiritual; las distintas experiencias apostólicas y de vida comunitaria; pero lo más importante, su voluntad de ir a donde se les envía.

San Vicente nos recuerda que las palabras solas no hacen la misión. Es el testimonio cotidiano de la propia vida entregada a Cristo en el servicio lo que prueba y purifica al discípulo. Como decía San Vicente, *“De la abundancia del corazón habla la boca, de ordinario las acciones exteriores dan testimonio de lo interior, los que tienen verdadera caridad por dentro, la demuestran por fuera”* (COSTE XI-4 conf. 30-05-1659, p. 556). Las palabras que ustedes hablan se iniciaron con un “sí” a Dios en sus votos, pronunciados y renovados anualmente y continúan de manera tácita a través de sus vidas como Hijas de la Caridad.

Fui testigo de primera mano de esta realidad durante el tiempo que pasé con las Hermanas en Emmitsburg. Vi su aceptación serena y pacífica de la vida, sobre todo por parte de las Hermanas mayores y enfermas. Ellas, junto con las Hermanas más jóvenes y todavía activas, parecían haber logrado lo que Nuestro Señor prometió compartir con nosotros: una *“paz que el mundo no puede dar”* (Jn 14,27). Pero no era solo lo que ellas me contaban sobre las diferentes misiones realizadas lo que me impresionaba, sino el ver su testimonio diario y comprobar que éste era la suma total de todas esas misiones. Lo que eran, resultaba más elocuente que cualquier palabra que dijeran.

En las lecturas bíblicas de hoy, los temas de la “palabra” y “testigo” recobran vida para nosotros en la experiencia de la Iglesia primitiva llena de fe Pascual. San Pablo, antes perseguidor de los cristianos, pronuncia un discurso elocuente a los judíos en Antioquía. En ese momento, esta antigua ciudad tenía una de las comunidades más grande y mejor formada de judíos fuera de Jerusalén. Al entrar en su sinagoga, Pablo oye a los jefes que dicen: *“Hermanos, si queréis exhortar al pueblo, hablad”* (Hch 13,15). Pablo, siempre preparado para ello, comienza a hablar, proporcionando un breve, pero completo, resumen de la historia de la salvación de Israel, comenzando con la experiencia del Éxodo y continuando por su marcha hacia la Tierra Prometida, las advertencias de los profetas y la venida del Mesías narrada por San Juan.

Pero observen que la conmovedora recitación de Pablo de la historia del pueblo elegido de Dios no consiguió ningún cambio importante ni conversiones en el grupo. Después de este excelente exhortación, se nos dice: *“Fueron invitados a hablar sobre estos temas el sábado siguiente”* (Hch 13,42). ¿Fue acaso un signo de esperanza? Pero cuando Pablo regresó la semana siguiente, se encontró con una gran resistencia por parte de los mismos judíos que lo habían invitado a regresar. Debido a lo controvertidas que eran sus palabras, recibieron violentas amenazas, por lo que él y sus compañeros salieron de Antioquía. La ciudad y las personas a las que esperaban convertir, ahora los despreciaban.

Ninguna de las geniales ideas ni argumentos bien articulados de Pablo habían podido convencer a la gente que él esperaba haber convertido, aunque sí que consiguió que hubiera algunos conversos entre los gentiles.

Contrasten ahora estas palabras de Pablo con el testimonio de Jesús en el evangelio de hoy. Jesús está en la Cena Pascual, en la Última Cena, horas antes de sufrir una dolorosa crucifixión y muerte. Y ¿qué hace Jesús? Lava los pies de todos sus discípulos, un gesto de baja categoría, incomprensible. Los discípulos eran hombres sencillos, poco instruidos, pero sabían que lavar los pies a alguien era el gesto más bajo realizado por los esclavos o por los prisioneros cuando eran castigados por algo. Lo que les sorprende es que Jesús, no solo lo hace voluntariamente y a cada uno de ellos, sino que lo une al servicio de la autoridad y del discipulado. *“El servidor no es más grande que su señor... ¡felices si sabiendo estas cosas las ponéis en práctica!”* (Jn 13,16-17).

En otras palabras, Jesús no realiza esta humilde acción para dejarlos impresionados, ni tampoco como único gesto de despedida. Lavarse los pies unos a otros es la base para ser discípulo de Jesús. Es la actitud a la que todos sus seguidores deben aspirar. No es extraño que los discípulos se durmieran en el huerto, cuando se suponía que debían estar orando con Jesús. Estaban probablemente todavía bajo el shock que les supuso enterarse de que era el servicio humilde y no las grandes proezas o los largos discursos lo que les identificaría como seguidores de Jesús. ¿Cómo podrían explicar esto a los demás?

Así pues, solo arriesgándose a seguir el ejemplo de Jesús y pidiéndole su fuerza para hacerlo, es como los discípulos podrían llegar a ser responsables que ejercen la autoridad como un servicio. Teniendo en cuenta las múltiples pruebas y tribulaciones que sufrieron en la predicación del Evangelio y que les condujeron a su inevitable martirio, tal vez un acto como el de lavar los pies era una manera más fácil de ser discípulo. Pero Jesús no sólo les muestra cómo se hace; él les dice por qué hay que hacerlo. *“En verdad, en verdad os digo: el que recibe al que yo envíe, me recibe a mí y quien me recibe a mí, recibe al que me envió”* (Jn 13,20). En otras palabras, el testimonio de servicio humilde de Jesús es el camino de Dios, y actuando así, damos testimonio a todos del poder del amor de Dios.

De modo que la pregunta permanece: ¿cómo hacemos coincidir nuestras palabras con nuestro testimonio para que éste sea coherente?

Las vidas de nuestros santos Fundadores son un testimonio de la congruencia de su palabra y testimonio. San Vicente y santa Luisa pasaron del pensamiento y la reflexión a la acción y al servicio y encontraron la forma de involucrar a los demás a hacer lo mismo. Estuvieron dispuestos a escuchar y a aprender de las palabras de Jesús y a traducirlas en un carisma que ha transformado vidas a lo largo de cuatro

siglos. Como dijo Santa Luisa a sus Hermanas: *“Ya ven, queridas Hermanas, si no es bueno perseverar en el amor y el servicio de Dios”* (C. 698, p. 630). Esa gracia de la perseverancia es la que celebramos hoy al reunirnos para reflexionar sobre su compromiso en la Compañía de las Hijas de la Caridad.

Ustedes son parte de un legado perdurable del amor de Dios y del servicio a los pobres. Sus votos son a la vez palabras que prometen y testimonio de su voluntad. Ambas cosas juntas son una fuerza para el bien como ninguna otra. Doy gracias a Dios Todopoderoso por el testimonio de muchas décadas de dedicación a la Misión que ustedes representan y rezo para que experimenten el poder y la presencia del Señor Jesús en su Palabra, en la Eucaristía, en la oración personal y comunitaria, en las unas y las otras y en las personas a las que sirven. Que gracias a este tiempo que han pasado aquí juntas, sus palabras y su testimonio no sean más que una misma realidad. Hermanas, en esto consiste la verdadera santidad: en el conocimiento intangible, pero innegable de una Presencia amorosa que llevamos dentro y que a su vez está más allá de nosotros, presencia que aporta luz, felicidad y paz para todos. Su “sí” al Señor, a unas y otras y a los pobres, es un eco perfecto del “fiat” en la fe de María. Como madre de la Compañía, María las guía e intercede por ustedes, como lo hizo con santa Luisa, santa Catalina y muchas otras. Ella les ayudará a cimentar su palabra y su testimonio con una fidelidad duradera.

San Vicente lo dijo mejor: *“Aunque no digáis un sola palabra, si estáis muy llenos de Dios, tocaréis los corazones solo con vuestra presencia”* (COSTE XI-3, conf. 8 de junio de 1658, p. 334). Que experimenten la presencia de un Dios amoroso que les fortalezca para dar testimonio de servicio humilde, para acompañarse unas a otras y a los pobres de Dios, hasta que todos llegemos un día a nuestro hogar celestial.